

MAMEN SÁNCHEZ

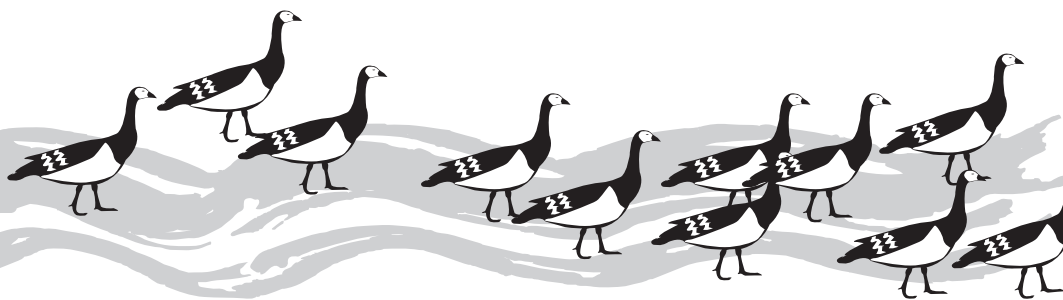
La  
flor  
y nata



ESPASA

MAMEN SÁNCHEZ

La  
flor  
y nata



ESPASA © NARRATIVA

© María del Carmen Sánchez Pérez, 2016

© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial  
Grupo Planeta

Ilustración de cubierta: © Gonzalo Goytisolo

Diseño de interiores: © María Pitironte

Imágenes: Shutterstock

Preimpresión: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 1.421-2016

ISBN: 978-84-670-4705-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de

delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**



Mi padre había hecho suya una teoría que había escuchado una vez en alguna parte, y que, según él, se adaptaba a su persona como un guante: «En este mundo de los negocios —explicaba con las aletas de la nariz un poco abiertas, señal de que hablaba más bien en broma—, existen dos tipos de empresarios: en primer lugar, están aquellos que creen que, por una casualidad cósmica de dimensiones sobrenaturales, sus hijos han venido al mundo dotados de capacidades asombrosas: una inteligencia extraordinaria, una clarividencia y un talento innatos o unas aptitudes fabulosas para llevar a cabo, con éxito, cualquier proyecto que se propongan —aquí hacía una pausa dramática—. En segundo lugar —añadía solemne—, están los empresarios que no tienen hijos».

Siguiendo esta filosofía al pie de la letra, y considerando que, en su opinión, mis hermanos y yo éramos tres fenómenos de la Naturaleza, se propuso tenernos al corriente de los avatares de nuestra empresa familiar y, desde muy niños, nos fue aleccionando en el apasionante mundo de la comunicación, compartiendo con nosotros sus preocupaciones cotidianas y escuchando pacientemente nuestras sugerencias.

Por eso, recién cumplidos los veintidós años, y obedeciendo a mis más entusiastas deseos, me envió a París, enfundada en un

traje de chaqueta azul de Armani, como corresponsal de moda de nuestra revista y, libreta en mano, me propuse entrevistar a los grandes diseñadores de entonces: Versace, Valentino y Lacroix.

Viajaba protegida por una arrebatadora duquesa: interesante, esbelta y distinguida, que había sido modelo de alta costura en su juventud y había hecho gran amistad con todas las casas de moda del mundo y, sobre todo, con sus inaccesibles genios creativos. Ella me abrió las puertas de los ambientes más exclusivos y me consiguió un asiento en primera fila para poder contemplar el maravilloso espectáculo de la moda en todo su esplendor. Yo asistí boquiabierta a los fascinantes desfiles, tuve ocasión de conversar con alguna de las mujeres más bellas del planeta y de conocer a los autores de aquellas colecciones tan asombrosas.

La tarde del último día, nos sentamos a tomar una copa en el bar Hemingway del hotel Ritz junto a dos amigas muy queridas de la duquesa. Ambas eran más o menos de su edad; unos cincuenta años muy bien disimulados, más o menos de su posición social y más o menos de su estupenda habilidad para la charla ligera y divertida.

La más alta, dueña por matrimonio de un apellido histórico, era inglesa de las de verdad, de las que pueden trepar por su árbol genealógico hasta lo más alto del firmamento británico y encontrar entre sus antepasados a uno de esos reyes capaces de encerrar reinas en torres y cortar cabezas de amantes despechadas.

La más menuda, una mujer tremendamente simpática y risueña, poseía, en cambio, raíces mediterráneas, en concreto italianas. Era habladora, gesticuladora y excedida en sus muestras de cariño. Aunque me la presentaron formalmente como la honorable duquesa de Noland, ella insistió en que la llamara Cara, que era su nombre de guerra.

Nuestra amistad comenzó de manera instantánea, en cuanto la duquesa (la mía) le explicó que mi familia era propietaria de una de las revistas más célebres de España y la italiana, que, según

nos contó, tenía muchos amigos en Sevilla, reconoció el nombre de nuestra cabecera y, exagerada como era, declaró amar profundamente la publicación, las maravillosas casas que ustedes publican, las reinas y princesas que engalanan sus páginas, las fiestas tan fastuosas, las bodas tan románticas... y luego, suspirando, se lamentó de que no existiera una versión italiana, para así poder leerla en su lengua materna.

Apunté mentalmente aquella idea para plantearla en la siguiente reunión de trabajo y le pedí que me proporcionara su nombre completo y su dirección de Inglaterra, para hacerle llegar un ejemplar de mi revista, aunque estuviera en español, cada semana.

—*The duchess of Noland*; Noland Towers, Oxfordshire —me dictó a toda prisa, sin darme tiempo a memorizar los datos, después se excusó con la urgencia de una llamada importante que estaba esperando en su *suite*, y subió elegantemente por la escalera de mármol blanco alfombrada en rojo y dorado.

En cuanto desapareció de la vista, las otras dos damas se echaron para delante en actitud confidencial.

—Cara es un encanto —en eso estaban de acuerdo las dos—, pero tiene un marido que es un carcamal. —En eso también estaban de acuerdo—. Y muy excéntrico. Se rumorea que ha dilapidado toda la fortuna familiar. Que están más tiesos que la mojama —eso lo dijo mi duquesa en español.

El duque de Noland, en efecto, era un personaje muy peculiar. Había heredado el título y el dinero de su padre «*The late duke of Noland*», según se refería a él la inglesa de apellido histórico, a mediados de los años cincuenta, y a partir de entonces, se había dedicado en cuerpo y alma a sus dos grandes pasiones: las expediciones transoceánicas y las mujeres exóticas. Había escalado el Kilimanjaro y el Everest, atravesado el Polo Norte y recorrido el Himalaya, vivido un apasionado romance con la hija de un guerrero masái, a la que amó muchísimo pero con la que no pudo

contraer matrimonio por estar a su vez casado con una dama de la alta sociedad noruega.

Al cumplir los cincuenta, le diagnosticaron una afección cardíaca que le impidió continuar con sus viajes, pero no con su azarosa vida sentimental. A los cincuenta y cinco se casó en segundas nupcias con una condesa de rancio abolengo, propietaria de un castillo en Escocia y de una educación exquisita, la cual se propuso transmitir al único hijo de la pareja, Nelson, un joven bastante atractivo, algo especial también, como su padre, que había sido recientemente nombrado presidente de la Oxford Union y había logrado que el mismísimo Ronald Reagan asistiera a uno de sus famosos debates.

—Cara es su tercera mujer —me explicaron—. Le echó el lazo hace dos años, en una cena de gala en Balmoral, y se casó convencida de que hacía un gran negocio. El duque había cumplido ya los ochenta; tenía dificultades para respirar, asma, tos, el castillo de su esposa fallecida y el palacio de los Noland.

—Y un agujero en el banco del tamaño de una galaxia.

De cualquier modo, los duques de Noland se las habían apañado para proyectar una imagen de prosperidad acorde con su posición. Conservaban su palco en Ascot, pasaban sus veranos en Italia y nunca faltaban a las *garden parties* a las que les invitaba de vez en cuando la reina Isabel.

En aquel momento, aturdida como estaba por la *folie* del París de la moda, sus excesos y excentricidades, no supe valorar la importancia de mi primer encuentro con Cara Noland, ni imaginé el papel que aquella mujer llegaría a desempeñar en los acontecimientos posteriores de mi existencia. Poco después de abandonar ella el bar Hemingway, hizo su aparición Valentino Garavani, escoltado por su corte de socios, antiguos amantes, jóvenes efebos, mujeres despampanantes y perrillos falderos, y mis interlocutoras perdieron inmediatamente el interés en mi instrucción para centrarlo en aquel grupo variopinto de artistas circenses.

No volví a encontrarme con Cara, ni aquella noche en la cena de despedida a la que nos invitaron en el restaurante La Grande Cascade, en el Bois de Boulogne, ni al día siguiente, durante el desayuno de *pain au chocolat* con el que la duquesa y yo rematamos aquel viaje de trabajo en París.

Precisamente para poder justificar como laborados aquellos tres días de cuento de hadas, pasé toda la semana siguiente delante de mi máquina de escribir relatando, con todo lujo de detalles, las maravillas que acababa de vivir durante mi aventura parisina. En algún momento, entre las notas de mi libreta, apareció la dirección de la duquesa de Noland y entonces recordé la promesa que le había hecho en el Ritz. Hablé con el departamento de suscripciones, solicité que le hicieran titular de una suscripción gratuita, me preguntaron que por cuánto tiempo, respondí que por un año o dos, ya veríamos, y me aseguraron que a partir de la siguiente semana la duquesa recibiría un ejemplar de nuestra revista en su casa —palacio, les corregí— todos los sábados sin faltar uno.

Veinte días después, una soleada mañana de finales de junio, me sorprendió encontrar un paquete postal con la corona y las letras amarillas sobre fondo rojo del Royal Mail, esperándome en la mesa de mi despacho. Era bastante milagroso que hubiera llegado hasta allí, dado que los únicos datos que aparecían en el apartado del destinatario eran mi nombre de pila, el de la revista y el de mi ciudad. En aquel momento, achaqué el prodigio a la diligencia del servicio de correos inglés, a pesar de que, ahora que lo pienso, los verdaderos responsables tuvieron que ser los carteros de Madrid, quienes, con gran sagacidad, dieron conmigo buscando la dirección de mi oficina en las páginas amarillas.

Abrí la caja. Sonreí. Cara Noland me enviaba un tarro de mermelada de naranja amarga.

Una delicada tela de flores, atada con un lazo de arpillera, envolvía la tapa, y de su extremo colgaba una pequeña etiqueta



con el nombre de su casa: Noland Towers y la leyenda *organic preserves*.

Mi abuela materna era una auténtica experta en el arte de confeccionar mermelada de naranja amarga. En la cocina de su casa de la calle Velázquez, que todavía conservaba el fogón de leña de principios de siglo, preparaba kilos y kilos de rica confitura que luego repartía generosamente entre sus numerosos hijos y nietos. Las naranjas se las enviaba una amiga que tenía una huerta en el Arahál. Si no eran precisamente esas naranjas, si, por ejemplo, su amiga caía enferma o ese año la fruta se echaba a perder, mi abuela se negaba a elaborarla. Decía que no era lo mismo. Que sin las naranjas de su amiga la receta se resentía y que para eso, para que saliera mal, prefería cocinar dulce de membrillo.

Se me ocurrió que la mejor manera de evaluar la calidad de la mermelada de naranja amarga de Noland Towers era someterla al sabio juicio de mi abuela, y esa misma tarde me presenté en su casa con el tarro. Nos sentamos las dos muy serias a la mesa de su comedor. Servimos primero el té, esperamos a que se tostara el pan, y acto seguido derretimos una buena cucharada de mantequilla sobre cada rebanada. Por fin abrimos el frasco de cristal, respiramos el aroma dulce y amargo de su contenido y, con la boca hecha agua, untamos el pan con aquella confitura deliciosa.

—Son unos maestros —concluyó mi abuela—. Los ingleses —aclaró. Y luego, evocando los tiempos en los que recorría el mundo del brazo de mi abuelo, añadió suspirando—: Deberías probar el *afternoon tea* del hotel Connaught, en Mayfair. La carta se compone de treinta tipos de té entre clásicos y aromáticos. Las confituras, compotas y mermeladas son artesanales. Las sirven sobre crujientes *scones* recién hechos, con una gruesa capa de crema batida encima, o debajo; en eso todavía no se ponen de acuerdo los expertos. Siempre que íbamos a Londres, parábamos a tomar el té allí. Tu abuelo, que era muy exquisito, tampoco perdonaba el desayuno en el Dorchester. Decía que la tortilla francesa de ese

hotel era la mejor del mundo, incluyendo la tipo *soufflé* del Mont Saint Michel, que a su juicio resultaba algo pesada. —Aquí, mi abuela se detuvo a coger aire, a cambiar de escenario, de recuerdo—. Cuando vayas a Normandía —me advirtió—, no dejes de visitar ese lugar tan extraordinario. Hay una abadía que se aparece de repente entre la niebla; la marea avanza y retrocede a la velocidad de un caballo al galope, y cuando sube, el monte se convierte en una isla coronada por las torres picudas del monasterio. Allí la tortilla se comprende como una espuma de claras y yemas batidas a golpes, en grandes vasijas de cobre. La sirven en jarras de barro. Casi se puede beber.

Todas estas vivencias se las evocó el sabor de la mermelada de Cara Noland. Me pareció suficiente demostración de su excelencia y así se lo hice saber a la duquesa en una carta que le escribí al día siguiente en respuesta a la suya.

Porque junto con la mermelada, había también una carta.

«*Poverina Diana*», se compadecía Cara en una caligrafía elegante, como de colegio de monjas. Se refería, claro, a la princesa de Gales, que aquella semana había roto a llorar en público tal y como mostraba la portada de mi revista bajo el título «Diana no pudo más», el cual se le había ocurrido a mi padre en cuanto vio la fotografía de su adorada Lady Di hecha un mar de lágrimas durante la inauguración de una residencia para ancianos con cáncer, en Londres.

El motivo de dicho llanto no era tanto la compasión hacia aquellos enfermos —que también habría pesado en el delicado estado de ánimo de Diana—, sino su propia desgracia personal. Hasta entonces, según decía mi padre, la procesión había ido por dentro. Su matrimonio con el príncipe Carlos se tambaleaba desde hacía mucho tiempo. Ya no nos llegaban aquellas imágenes de los primeros años, en las que los recién casados se besaban a escondidas detrás de los caballos de polo, sino gestos de hastío, de frialdad, o hasta de ira contenida, como aquella vez en la que el

pequeño William se abrió la cabeza jugando al rugby y su cara era un poema de Baudelaire. Pero el día de la residencia de ancianos —que, visto lo mal que lo estaba pasando la mujer, ya podrían haberle asignado la apertura de una guardería o la botadura de algún barco—, la pobre perdió los papeles, faltó a su deber de mantener la compostura en público y se vino abajo. Lloró con tanta lástima, tanto sentimiento, que mi padre, nada más ver la foto, exclamó aquello de «Diana no pudo más» y lo puso en la portada, en grandes letras negras.

«Es triste constatar que todo el mundo la adora excepto su marido —escribía la duquesa de Noland—. Hay tanta mezcla de dulzura y amargura en esta imagen que no he tenido más remedio que hacerte llegar un tarro de nuestra mermelada de naranjas amargas. En Noland Towers —no en el palacio, sino en el *cottage*—, hemos abierto un pequeño expositor de productos orgánicos procedentes de los campos y los bosques de la propiedad. Iba a enviarte una jarrita de miel, pero ya ves, con semejante desdicha en la portada de tu revista, he cambiado de opinión. Espero que la disfrutes tanto como saboreo yo cada página que leo y que me transporta a lugares divinos que conozco muy bien. Magnífico, por cierto, el reportaje de la villa de Gianni Versace, en el lago de Como. Tristan y yo pasamos allí un inolvidable fin de semana el verano pasado. El tabor oriental que aparece en la fotografía de la derecha, en la página siete, se lo regalamos nosotros. Me ha hecho mucha ilusión comprobar que le gustó de veras y lo conserva sobre el buró, donde lo colocó aquel día».

Así terminaba la carta. Comprendí que aquella era su manera de darme las gracias por haber cumplido mi palabra, y entonces yo, a mi vez, le escribí una nota para agradecerle la mermelada: «Mi abuela materna, la mayor experta del mundo en mermeladas de naranja amarga, considera que la de Noland Towers es la mejor que ha probado en su vida —le notifiqué—. Espero poder

probar pronto la de fresas silvestres, cuando llevemos en portada alguna noticia más alegre».

Con estas palabras dio comienzo mi relación epistolar con la duquesa de Noland, un placer casi semanal en el que ella comentaba, con pluma inglesa y humor italiano, las noticias que nosotros publicábamos, y yo le respondía con anécdotas ciertas de mi familia.

Se puede decir que Cara Noland y yo nos hicimos amigas por carta.

Las suyas solían llegar envueltas en una nube de perfume de lilas, con aquella caligrafía inconfundible y la tinta violeta que se convirtió en su seña de identidad. Yo atesoraba las tarjetas tan bonitas que me enviaba, con litografías antiguas de plantas y flores y sus nombres en el latín de la botánica académica. Me contó que las adquiría en un pintoresco establecimiento de Turl Street, en Oxford, al que se llegaba atravesando un estrecho callejón entre viejos *colleges*. El lugar en cuestión se anunciaba en la luna de cristal del escaparate como «*Scriptum fine stationery*». Tenía una puerta de madera pintada de azul a través de la cual se accedía a un mundo mágico, a una casa de muñecas victoriana con sus mueblecitos en miniatura y sus juegos de té de porcelana fina. Era lo más parecido a entrar en un cuento de Beatrix Potter, ese en el que dos ratones traviesos destrozan sin proponérselo todo lo que encuentran a su paso en una habitación infantil. Las paredes de Scriptum estaban cubiertas de libros antiguos encuadernados en cuero. Allí podían adquirirse primeras ediciones y ejemplares de coleccionista a precios razonables, todo tipo de tarjetas y tarjetones ilustrados, papel de carta, tinta de colores, escribanías, plumas, secantes y hasta ceras para lacrar con sus correspondientes sellos. También conservaba una escalera estrecha, de madera, por la que se accedía a una segunda planta de cuyo techo colgaba una colección de globos aerostáticos a pequeña escala, y en cuyos rincones era posible toparse con máscaras venecianas,

brújulas y astrolabios. El propietario era un personaje siniestro que gastaba barba de chivo y monóculo, pero que en ocasiones excepcionales era capaz, incluso, de regalar un marcapáginas a un recién llegado si consideraba que estaba a la altura de su selecta clientela.

«Sé perfectamente de quién hablas —le aseguré—. Scriptum es una de mis tiendas preferidas de Oxford y conozco muy bien al dueño. Me duele que jamás en la vida me regalara uno de esos marcapáginas a los que te refieres. Durante el verano que estuve en Exeter College, solía pasar horas enteras contemplando sus estanterías y me gasté un buen dinero allí. Hasta me compré un caleidoscopio. No sé para qué. Fue un impulso, supongo. A mi abuelo le gustaban esas cosas. Tal vez he heredado su sensibilidad».

Mi abuelo paterno tenía alma de poeta. De estudiante en Ronda escribía versos en los márgenes de sus libros de derecho, para mortificación de sus padres, que le auguraban un destino de bohemio en la miseria. Se equivocaban. Como, además de aquella vena artística, poseía un excepcional espíritu emprendedor, logró el éxito en los negocios y en el amor. Conquistó a mi abuela, que era una belleza de almanaque, y se le ocurrió la idea de fundar juntos una revista a la que bautizó con el extenso título de «semanario gráfico de amenidades» y que en pocos años alcanzó fama internacional.

Coleccionaba estatuillas de marfil, cajitas de plata y esmalte, tibores orientales, códices benedictinos y libros de horas, que andaban desperdigados por toda la casa y aparecían donde uno menos lo esperaba. Era como si todo el espacio que rodeaba a mi abuelo conformara un universo estético personal e intransferible.

Solía contarme la historia que escondía cada una de las piezas: el buscador de perlas, la vendedora de pescado, los patinadores, la anciana hechicera... y yo escuchaba con la imaginación desbordada esos relatos fantásticos que se le iban ocurriendo a él según recorríamos, yo subida en sus brazos, su casa de cuento.

Cara Noland me envió un marcapáginas de Scriptum dentro de la siguiente carta que recibí. Era detallista y cumplidora. Se alegraba de saber que, dos años después de la trágica muerte de su marido, la princesa Carolina de Mónaco volvía a bailar en la noche de la Cruz Roja del principado. Estaba muy guapa, vestida de negro, con el pelo recogido sobre la nuca y una sonrisa de las de tripas corazón, de las de retirarse a la Provenza y no querer saber nada de nadie durante meses.

—Claro —comentó mi madre tras leerle yo la carta en voz alta, sin darle importancia a lo que vino a continuación—. La duquesa de Noland debe de sentirse muy identificada con Carolina, ahora que ella también se ha quedado viuda.

Mi madre se enteraba de todo lo que ocurría en la Gran Bretaña a tiempo real. Dormía abrazada a una pequeña radio portátil en la que había instalado una antena supersónica con la que captaba la BBC. A veces comentaba las noticias de la noche durante el desayuno, si tenía ocasión de meter baza —ella que siempre ha sido tan discreta y prudente—, en la tertulia mañanera en la que participábamos, a voces, el resto de los miembros de la familia.

—¿Cómo que viuda? —la increpé.

—¡Ah, no te has enterado! —se extrañó, como si yo también fuera una fanática del programa *Woman's hour* y estuviera al tanto de todo lo acontecido a lo largo y ancho de la Commonwealth—. Resulta que el duque de Noland ha fallecido esta noche de un infarto.

—¡Claro que no lo sabía! —repliqué—. Me parece increíble que no se te haya ocurrido contármelo hasta ahora.

La verdad es que aquella mañana estaba siendo especialmente bulliciosa.

—Pero si no me dejáis hablar —protestó mi madre.

Me quedé perpleja. La noticia de la muerte del duque de Noland había hecho aflorar en mí una tristeza insólita. Yo, que en

esa época de mi vida era una persona bastante insensible —egoísta, vaya—, como corresponde a una criatura que a duras penas acaba de superar la adolescencia y todavía padece problemas de acné, me descubrí de pronto profundamente afectada.

—*Poverina* —suspiré. Y un lagrimón delató mi debilidad.

—¿Estás llorando? —Mi madre no daba crédito a los efectos secundarios de la BBC en el ánimo de su hija.

—¡Qué va! —mentí. Me pareció feo no haber derramado una sola lágrima en el entierro de su tía Dolores, y en cambio echarme a llorar ahora por un desconocido.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí. Era cosa más bien de mi familia paterna aquello de emocionarse en público. Mi abuela pasaba la mayor parte de su tiempo enjugándose las lágrimas. Hacía ocho años que mi abuelo se había ido al cielo y todavía le quedaba un manantial de llanto por derramar. Una de sus primas llegó a decirle en una ocasión que hiciera el favor de beber un poco de agua, que se iba a deshidratar y se iba a quedar sin lágrimas. Por lo visto, a ella le había sucedido alguna vez y era muy desagradable tener los ojos secos durante un sofoco. «Escucen como demonios», sentenció.

—Me gustaría ir al entierro —se me ocurrió de repente.

—Pero si a ese señor no le conocías de nada —intervino mi hermana.

—Ya. Pues como si le conociera —dije—. Conozco a Cara.

—La has visto una vez en toda tu vida —replicó.

Hice ademán de levantarme de la mesa. Estaba decidida a vestirme de luto y salir disparada camino del aeropuerto, cuando mi padre, que se acordaba a la perfección de los tiempos del acné descontrolado, exclamó que adónde creía que iba yo sola, que si me había vuelto loca.

Aquella era una de las pocas discrepancias que mantenía con él. Yo consideraba que a mi avanzada edad y con mi exquisita

preparación académica, estaba perfectamente capacitada para emprender cualquier viaje en solitario. Había pasado los últimos veranos realizando cursos de literatura en Londres, Oxford y París. Creía que el peligro era un cuento chino con el que los padres aterrorizaban a sus hijos pequeños para evitar que se extraviaran al volver a casa del colegio.

Pero él, que hubiera sido el mejor experto del mundo en control y prevención de riesgos, era capaz de visualizar las amenazas más imposibles en cualquier situación. Este terror paterno infundado era absolutamente incompatible con mis ganas de comerme el mundo; mi planteamiento vital: las asombrosas noticias que perseguiría por las cuatro esquinas del planeta y el ático en el que viviría con mi perro y decoraría con objetos procedentes de los países exóticos que iba a conocer.

—Puedo ir y volver en el día —protesté—. De verdad, papá, no entiendo qué te preocupa esta vez.

Le preocupaba el sistema de mantenimiento de los motores del avión, la posibilidad de que un bando de gansos migratorios se estrellara contra la aeronave, que un terrorista internacional subiera a bordo dispuesto a canjear el pasaje por un cabecilla preso, el movimiento punk y la violencia que llevaba aparejada, el estado de las carreteras secundarias inglesas y el hecho de que en la isla se condujera por la izquierda, entre otras muchas cosas.

—Yo voy con ella y así no va sola —se ofreció mi hermana, una amante del riesgo a la que el invierno anterior acompañé yo cuando se apuntó al campeonato de España de esquí por universidades y bajó toda la pista haciendo la muñeca.

—Muy bien. Doble preocupación —se rindió mi padre.

De este modo, a pesar de la oposición paterna, mi hermana y yo nos embarcamos en un viaje de ida y vuelta a Inglaterra que cambiaría nuestra manera de ver la vida —al menos la mía— para siempre.